LA TRAMPA

H. P. Lovecraft y Henry S. Whitehead

Cierta mañana, un jueves del mes de diciembre, creí ver un imperceptible movimiento sobre mi antiguo espejo de Copenhague, y fue a raíz de este pequeño suceso cuando empezó todo. Una especie de revoloteo, un reflejo sobre el cristal; eso me pareció, aunque estaba solo en mis aposentos. Me detuve a mirar con atención y, tras breves momentos, relegando el suceso a una mera ilusión, continué peinándome el cabello.

Había encontrado aquel añoso espejo, enterrado bajo una densa capa de polvo y telarañas, en un cobertizo de una casa abandonada de la parte más norteña de Santa Cruz, un paraje muy poco poblado, y lo había traído a Estados Unidos desde las Islas Vírgenes. El venerable cristal estaba empañado por los más de doscientos años que había permanecido expuesto al clima tropical, y los graciosos arabescos que adornaban la parte superior del marco estaban medio rotos y mellados. Antes de empaquetarlo con mis demás pertenencias, había tenido la precaución de juntar todas las piezas y restaurarlo.

Hoy, varios años después, me hallaba en la escuela privada de mi viejo amigo Browne, mitad haciendo de huésped mitad de tutor, entre las ondulantes colinas de Connecticut. Tenía a mi disposición una de las alas abandonadas que era utilizada como dormitorio; mis aposentos comprendían dos habitaciones y un pequeño vestíbulo. El antiguo espejo, empaquetado cuidadosamente entre cojines, fue la primera de mis posesiones que desempaqueté nada más llegar; lo coloqué en un lugar de honor en el cuarto de estar, encima de una vieja consola de palisandro que había pertenecido a mi bisabuela.

La puerta de mi dormitorio estaba justo enfrente de la del cuarto de estar, separadas por el vestíbulo; y era curioso, pues al mirar a través podía ver el enorme espejo al final de las dos puertas, reflejando todas las cosas, dando una sensación de profundidad, como si allí hubiera un pasillo larguisimo. Aquella mañana de jueves creí haber visto un imperceptible movimiento en el pasillo normalmente vacío; pero, como ya he dicho, pronto me olvidé del asunto.

Cuando llegué al comedor me encontré a todo el mundo tratando de calentarse a causa del frío reinante, y me enteré que la caldera del colegio estaba momentáneamente estropeada. Soy una persona especialmente sensible a las bajas temperaturas y no puedo soportar el frío; así que decidí no pisar ninguna de las gélidas clases aquel día. Por consiguiente, invité a todos los alumnos de mi clase a que se presentaran en mi cuarto de estar, donde daría una charla informal al calor del fuego. La idea fue acogida con gran entusiasmo por todos.

Después de la reunión uno de los chicos, Robert Grandison, me pidió permiso para quedarse, ya que no tenía que asistir a ninguna clase en la segunda hora. Le dije que claro, que se sintiese como en su propia casa. Se sentó frente al fuego, en una cómoda silla, y se puso a estudiar.

No mucho después, sin embargo, Robert se cambió de asiento alejándose un poco del fuego, que ahora ardía con fu ria, y quedó situado justo enfrente del antiguo espejo. Desde mi asiento, en otro lugar de la habitación, me di cuenta que cada vez miraba más fijamente el sucio, nebuloso cristal, y, preguntándome qué era lo que tanto le interesaba, recordé la experiencia que había tenido por la mañana. El tiempo pasaba y él seguía mirando de vez en cuando el espejo; sus cejas se curvaban por la concentración.

Por fin, decidí preguntarle, con mucha tranquilidad, qué era lo que llamaba su atención. Suavemente, con el ceño fruncido todavía, miró a su alrededor y replicó con cautela:

«Las ondulaciones del cristal, Mr. Canevin, o lo que quiera que sea eso. Es como si todas saliesen de un punto determinado. Mire, le enseñaré lo que quiero decir.»

El chico se levantó, se acercó al espejo y puso el dedo en un punto cercano a la esquina inferior izquierda.

«Es justo aquí, señor», explicó, volviéndose para mirarme con el dedo pegado aún al sitio elegido.

El acto de volverse hacia mí hizo que apretara un poco más el dedo sobre el cristal. De repente, apartó la mano con lo que pareció un pequeño esfuerzo, y pronunció una audible expresión de asco. Después se puso a mirar al espejo con gran asombro.

«¿Qué ocurre?» Pregunté mientras me levantaba, acercándome a él.

«Pues...» Parecía desconcertado. «Lo que he sentido...

Bueno, era como si el cristal absorbiera mi dedo. Ya sé que suena bastante estúpido, señor, pero, bueno, ésa es la sensación que he tenido.» Robert utilizaba un vocabulario muy poco corriente para un chico de quince años.

Me acerqué y le ordené que me mostrara el lugar exacto. «Pensará que soy un tonto, señor», dijo avergonzado, «pero, bueno, en estos momentos no estoy absolutamente seguro. Desde la silla veía claramente su situación.»

Me senté en la silla que había ocupado Robert y miré con gran interés el lugar que había seleccionado. De pronto, todo se dibujó con una claridad enorme. Desde aquel ángulo en particular, y sin ningún género de dudas, pude ver que todas las ondulaciones del añoso espejo parecían converger en un punto determinado, como un manojo de cables extendidos por todos sitios y sujetos por la mitad por una mano.

Me levanté rápidamente y me dirigí hacia el espejo, pero ya no pude ver el curioso punto. Aparentemente, sólo era visible desde determinados ángulos. Si se miraba directamente, aquella diminuta porción de espejo tampoco daba una imagen real pues no podía ver el reflejo de mi cara. Con toda seguridad, me hallaba ante un pequeño rompecabezas.

En esos momentos sonó el timbre de cambio de clases, y el asombrado Rober Grandison aprovechó para escapar de mis habitaciones, dejándome solo con mis pequeños problemas de óptica. Descorrí las cortinas de las ventanas, deambulé por el pasillo y busqué el punto en el reflejo del cristal. Miré atentamente, hasta que por fin creí haberlo localizado de nuevo. Estiré el cuello y, finalmente, desde un ángulo de visión determinado, todo aquello volvió «a estallar ante mis ojos».

Aquella vaga «ondulación» estaba claramente localizada ahora. Parecía como si se moviese, como si se doblase, como si ondulara; una vibración producida por una ráfaga repentina de viento, un remolino en las aguas, una nube de hojas otoñales que se agitan en círculos sobre la hierba, como un remolino. Era un movimiento doble, como el de la tierra, girando alrededor de algo y, a la vez, de si misma, como si aquellas ondulaciones giraran eternamente sobre sí mismas, y sobre algún punto en el interior del cristal. Fascinado, pensando todavía que aquello sólo podía ser una ilusión óptica, tuve consciencia de una sensación de succionamiento, y pensé en las palabras avergonzadas con las que Robert había tratado de explicar el suceso: «Sentí como si el cristal absorbiera mi dedo.

Una especie de tenue escalofrío recorrió repentinamente mi espina dorsal. Todo este asunto era algo que merecía la pena investigar. Mientras esta idea se abría paso en mi mente, recordé la extraña expresión de tristeza que había aparecido en el rostro de Robert Grandison cuando sonó el timbre y tuvo que volver a

clase. Recordé la forma en que había mirado hacia atrás por encima del hombro mientras salía obedientemente por el pasillo, y decidí que, fuese cual fuese el carácter de mis investigaciones sobre este pequeño misterio, le haría partícipe de ellas.

Pero unos acontecimientos inesperados que tenían mucho que ver con el mismo Robert, hicieron que pronto me olvidase del espejo durante un tiempo. Pasé fuera toda aquella tarde, y no regresé al colegio hasta las cinco y cuarto, hora en que sonaba la llamada a «asamblea general», una especie de reunión de profesores, a la cual estaban obligados a venir todos los muchachos. Iba con la idea de encontrar a Robert e invitarle a un estudio más detenido del espejo, por lo que me llevé una pequeña decepción cuando vi que no estaba, también me produjo asombro este hecho pues no era muy corriente en él. Al anochecer, Browne me comunicó que el muchacho había desaparecido sin dejar rastro. Habían buscado en su habitación, en el gimnasio, y en otros lugares que solía frecuentar, sin resultado positivo; sin embargo, sus pertenencias —incluyendo su ropa de calle— permanecían perfectamente ordenadas en su sitio.

No había sido encontrado en el hielo, ni entre los varios grupos de excursionistas que habían salido aquella tarde; todas las llamadas telefónicas que se hicieron a los distintos proveedores de la escuela fueron en vano. En definitiva, no había sido visto desde la última clase, a las dos y cuarto, cuando subía por las escaleras hacia su dormitorio situado en la habitación número tres.

Finalmente se le dio como desaparecido, cosa que causó un gran impacto en el colegio. Al ser el director de la escuela, Browne tuvo que cargar con todo el peso de la situación; una situación que no tenía precedentes en su seria y bien organizada institución, y que le hizo sumirse en un estado de total aturdimiento. Pronto se supo que Robert no había vuelto tampoco a su hogar en el oeste de Pensilvania, y que ninguna de las expediciones de búsqueda compuestas por maestros y alumnos había hallado ningún rastro de su persona en los alrededores nevados que rodeaban la escuela. No sabíamos absolutamente nada, simplemente se había desvanecido.

Los padres de Robert llegaron en el atardecer del segundo día desde su desaparición. Se tomaron el asunto con bastante tranquilidad, aunque se les veía deshechos por el inesperado desastre. Browne había envejecido diez años, pero no había absolutamente nada que se pudiese hacer. Al cuarto día, la situación había evolucionado de tal forma que todos en el colegio consideraban la desaparición como un misterio indescifrable. El señor y la señora Grandison volvieron tristemente a su casa; la mañana siguiente comenzó el período de diez días de vacaciones de Navidad.

Tanto los maestros como los alumnos comenzaron a dejar el colegio para disfrutar de las vacaciones; pronto sólo quedamos Browne, su esposa, los sirvientes y yo como únicos ocupantes de aquel inmenso lugar. Sin los profesores ni los muchachos el recinto parecía realmente vacío.

Aquella tarde me senté delante de un fuego acogedor pensando en la extraña desaparición de Robert y desarrollando toda clase de fantásticas teorías que pudieran explicarla. Al anochecer me sentía un poco malhumorado y tomé una ligera cena, pues se me había ido el apetito. Después caminé por entre las enormes y heladas moles de edificios y regresé a mi saloncito, donde continué pensando sobre el asunto.

Un poco después, pasadas las diez en punto, desperté reclinado en mi sillón, rígido y helado, pues había descuidado el fuego durante varias horas y este había terminado por apagarse. Sentía una extraña inquietud mental, una especie de sensación de alerta mezclada con esperanza. Pensé que todo ello tenía algo que ver con el problema que había estado ocupando mis pensamientos. Me había despertado de aquella inesperada duermevela con una curiosa, persistente idea,

la inquietante y tenue sensación de que Robert Grandison, apenas reconocible, había estado desesperadamente intentando comunicarse conmigo. Por fin me fui a la cama con una disparatada, pero poderosa convicción. Por algún motivo desconocido, tenía la certeza de que el joven Robert Grandison aún estaba con vida.

Esta característica de mi personalidad que aceptaba sin ambages lo considerado oculto, no debiera sorprender a aquellos que conocen mi larga estancia en las Indias Occidentales y mis experiencias con ciertos sucesos inexplicables que allí me acontecieron. No debiera parecer tampoco extraño el que yo tratara de establecer algún tipo de comunicación mental, mientras dormía, con el muchacho desaparecido. Incluso los científicos más prosaicos afirman, al igual que Freud, Jung y Adler, que el subconsciente se halla más receptivo a los estímulos exteriores cuando dormimos; a pesar de que esos mismos estímulos estén presentes en el estado de vigilia.

Si avanzamos un poco más y creemos en la existencia de fuerzas telepáticas, llegamos a la conclusión de que tales fuerzas deban hacerse mucho más poderosas durante el sueño; de forma que, si quería recibir algún tipo de mensaje de Robert, debía ser durante el período más profundo de mi sueño.

Seguramente, no había sido capaz de captar el mensaje mientras estaba despierto; pero mi facilidad para retener tales hechos había sido agudizada por ciertos tipos de disciplina mental que había ido recogiendo en distintos y tenebrosos lugares del globo.

Debí quedarme dormido casi al instante, y gracias a presión de realidad con que se realizaban mis sueños ya la falta de períodos de vigilia, decidí que me hallaba en un estado de sueño profundo. No desperté hasta las siete menos cuarto y aún permanecían en mi cerebro ciertas impresiones que achacaba a los vestigios dejados en el cerebro por mis sueños.

En mi mente se debatía una imagen de Robert Grandison extrañamente transformado, como si hubiese cambiado a un sucio color verde azul; Robert trataba de comunicarse desesperadamente conmigo a través de un extraño lenguaje, pero ha una barrera insalvable que le impedía hacerlo. Una curiosa m ralla espacial que se extendía entre nosotros hacía fútil cualquier intento, un muro misterioso, invisible, separando totalmente nuestras existencias.

Recordaba haber visto a Robert como a través de una gran distancia, sin embargo, al mismo tiempo, parecía estar a mi lado. Su figura se agrandaba y se acortaba, su tamaño variaba *directa,* en vez de *inversamente,* según avanzaba o retrocedía en el curso de nuestra conversación. Es decir, su figura se agrandaba, en vez de acortarse, cuando se alejaba en la distancia, y viceversa; como si las leyes de la perspectiva no tuvieran ningún valor o estuviesen cambiadas. Su aspecto era difuso y aje-no, como si sus contornos no estuvieran bien definidos; la irrealidad de su color de piel y de sus vestimentas me causaron gran impresión al principio.

En algún momento determinado de mi sueño, los esfuerzos de Robert por hablar cristalizaron y pudo pronunciar algunas palabras audibles, aunque lo que dijo sonaba anormalmente bajo y sin sentido. No fui capaz de entender nada, e incluso en sueños me sentí atormentado por no poder descubrir dónde estaba, qué era lo que quería decirme y por qué sus palabras eran tan desvaídas e ininteligibles. Entonces, poco a poco, empecé a distinguir palabras y frases; lo primero que fui capaz de entender hizo que, a pesar de estar dormido, entrase en un estado de febril excitación y que en mi mente se estableciese una cierta conexión con unas ideas que había desechado previa-mente por los increíbles condicionantes que implicaban.

No sé cuánto tiempo estuve escuchando estos trozos sueltos de palabras que resonaban en mi mente, pero debí estar varias horas atendiendo las explicaciones que aquel extraño orador me dirigía en lo más profundo de mi sueño. Me reveló ciertos hechos que nadie en su sano juicio habría sido capaz de creer a no ser que

se los mostrases con toda evidencia, hechos que yo sí podía creer –tanto durante el sueño como una vez despierto– a causa de mis acercamientos a ciertos sucesos sobrenaturales. El muchacho estaba mirándome, sin duda alguna, directamente a los ojos, como si buscara algún tipo de reacción; cuando al fin pude empezar a comprender algunas de las cosas que me decía, descubrí que su rostro se iluminaba con una expresión de gratitud y esperanza.

Ahora que estoy intentando comunicar el mensaje de Robert, tal y como resonaba en mis oídos al despertar bruscamente en la fría mañana, debo tener mucho cuidado al elegir mis palabras para que mi narración no caiga en el ridículo. Todo lo que conlleva es tan difícil de explicar que uno tiende a confundirse. Ya dije antes que la revelación daba mayor verosimilitud a algo que yo aún no me había atrevido a sugerir conscientemente. Esta conexión, no estaba dispuesto a seguir dudando, tenía mucho que ver con el antiguo espejo de Copenhague, el mismo en el que había visto un pequeño movimiento y que tanto me había impresionado la mañana en la que desapareció Robert, cuando ambos vimos esa especie de punto donde convergían todas las ondulaciones y que nos había hecho sentir un efecto de succión que habíamos rechazado como una ilusión de ambos.

Decididamente, y a pesar de que mi conciencia había rechazado previamente lo que me decía la intuición, no podía seguir cerrando los ojos a aquella asombrosa revelación. Lo que tan sólo era fantasía en el cuento de «Alicia» se me presentaba como algo serio e inmediato, real. El cristal del espejo realmente poseía un maligno, anormal efecto de succión; y la desconsolada figura que hablaba en mis sueños demostraba fehacientemente que había violado todas las anteriores reglas de la experiencia humana, y todas las leyes que se habían venido desarrollando acerca de la tercera dimensión desde hacía siglos. Aquel objeto era algo más que un simple espejo; era una puerta; una trampa; un sendero a otras regiones espaciales totalmente desconocidas a los habitantes de nuestro universo visible, solamente explicables por complejas e intrinca-das fórmulas de las matemáticas no euclidianas. Y *de alguna asombrosa, desconocida manera, Robert Grandison había lo-grado traspasar aquella barrera y penetrar dentro del espejo, donde aguardaba, prisionero, la forma de salir.*

Era muy significativo que al despertar no abrigara duda alguna sobre la realidad de la revelación. Tenía la certeza absoluta de que había estado hablando con el mismo Robert, aunque en una dimensión distinta, y ni por un momento aso-cié su aparición con el deseo subconsciente de encontrar al muchacho y la ilusión que me había producido el espejo. Mi certeza era tan absoluta y estaba tan dentro de mí que la consideraba tan válida como cualquiera de los acontecimientos considerados comunes.

Ante mí se presentaba una situación de lo más increíble y grotesca. La mañana de su desaparición quedó muy claro que Robert había quedado intensamente fascinado por el antiguo espejo. Durante las horas de clase, decidió volver a mi habitación para examinarlo más detenidamente. Vino hacia las dos y veinte, una vez terminada la jornada escolar, hora en la que yo estaba ausente. Viendo que yo estaba fuera y que no iba a enterarme de nada, entró en el cuarto de estar y se dirigió directamente al espejo; allí se quedó paralizado observando el sitio donde, como ya habíamos descubierto, convergían todas las ondulaciones.

Entonces, repentinamente, le acució la urgente necesidad de emplazar su mano en aquel punto central. Indeciso, pero desoyendo lo que le decía la razón, así lo hizo; nada más contactar con la fría superficie sintió de nuevo aquella extraña, desagradable succión que tanto le había asombrado por la mañana. Inmediatamente, y sin aviso previo, algo tiró de su cuerpo, algo que parecía desgarrar sus huesos y músculos, algo que destrozaba todos y cada uno de sus nervios; había sido *arrastrado* bruscamente y ahora se encontraba en el *interior* del espejo.

Una vez dentro, la desagradable sensación de dolor que se había adueñado de su cuerpo desapareció repentinamente. Se sentía, me dijo, como si acabase de nacer de nuevo, un sentimiento que le acompañó desde entonces en todo lo que

hacía; al caminar, al pararse, cuando se daba la vuelta o trataba de hablar. Todo lo que concernía a su cuerpo se le antojaba inadaptado.

Estas sensaciones no desaparecieron hasta transcurrido un buen tiempo, durante el cual el cuerpo de Robert se convirtió en un todo, más o menos organizado, en vez de una serie de partes que protestaban por su nuevo estado. De todas las formas de expresarse, el habla era la más difícil de llevar a cabo; sin lugar a dudas, esto era debido a que es la más complicada, y en ella intervienen un gran número de diferentes órganos, músculos y tendones. Por otro lado, las piernas y pies de Robert fueron los primeros en adaptarse a las nuevas condiciones que imperaban dentro del cristal.

Durante la mañana estuve reconsiderando todas las implicaciones de la situación; enumeré mentalmente todo lo que había visto y oído, intentando apartar de mis pensamientos todo el escepticismo del sentido común, buscando algún posible, extraordinario plan que liberase a Robert de su increíble prisión. De esta forma, mientras daba vueltas al asunto, ciertos interrogantes y preguntas extraordinarias comenzaron a aclararse en mi mente.

Por ejemplo, una de las cosas era el colorido que había adoptado el cuerpo de Robert. Su cara y sus manos, como ya he dicho antes, tenían un cierto matiz verde azulado, desteñido; su corriente chaqueta de Norfolk azul se había tomado de un pálido amarillo limón mientras que sus pantalones seguían siendo de un gris neutro. Cuando reflexioné sobre todo esto después de levantarme, me di cuenta que todo ello encajaba perfectamente con la extraña sensación óptica que había tenido respecto a Robert: se alargaba cuando yo me alejaba y se hacía más pequeño al acercarme. Con los colores sucedía lo mismo, como una especie de *reverso;* todos los detalles, todos los tonos de aquella desconocida dimensión eran exactamente los opuestos, los complementarios a los colores de la vida real. En física, los colores complementarios típicos son el azul y el amarillo, el rojo y el verde. Estos dos pares se oponen entre sí; al mezclarlos todos se produce el gris. El color natural de Robert es un rosa carne pálido, cuyo opuesto es el verde azulado desteñido que yo había observado. Su abrigo azul se había convertido en amarillo, mientras que los pantalones, grises, conservaban su color neutro. Este hecho me tuvo un poco confundido hasta que recordé que el gris es una mezcla de diferentes colores opuestos entre sí. No existe ningún color in-verso al gris; o, mejor dicho, él es el opuesto de sí mismo.

Otro de los puntos que logré clarificar fue el concerniente al curioso, enmarañado modo de hablar de Robert, ya la sensación de aturdimiento, como si todas las partes de su cuerpo estuviesen desunidas entre sí, que comunicaba su figura. Todo ello era una verdadera maraña indescifrable; pero finalmente, transcurrido un tiempo, di con la posible solución. De nuevo me basé en esa especie de *inversión* que afectaba a las perspectivas y colores. Cualquiera que logre penetrar en la cuarta dimensión sentirá necesariamente el mismo proceso de inversión; las manos y los pies, de la misma forma que los colores y perspectivas, sufrirán esa mutación. Y lo mismo sucederá con todos los demás órganos dobles, como narices, oídos y ojos. De esta forma, Robert había estado hablando con todos sus aparatos bucales invertidos, lengua, dientes, cuerdas bucales y demás; es decir, que no era de extrañar que, en tales condiciones, su voz sonase de aquella manera.

Según fue pasando la mañana, la sensación de irrealidad y de que debía hacer algo urgentemente se incrementó en vez de decrecer. Me daba cuenta que tenía que hacer algo de inmediato, aunque también sabía que no podía decir nada a nadie ni esperar ningún tipo de ayuda. Una historia como aquella –basada en las revelaciones de un simple sueño– no podía depararme más que el ridículo o la suposición de que algo no funcionaba del todo bien en mis procesos mentales. Por otra parte, ¿qué podía hacer, cono sin ayuda, para resolver el problema con la poca información que había obtenido de mis experiencias nocturnas? Finalmente decidí que necesitaba saber más antes de tan siquiera pensar en la manera de liberar a Robert. Solo podía obtener esta información en las condiciones receptivas que acompañan al sueño, y tenía la corazonada que de nuevo establecería

contacto telepático con Robert en el momento en el que mi mente se sumiese en el estadio más profundo del sueño.

Después de la comida del mediodía, durante la cuál tuve que hacer acopio de todo mi control mental para no revelar al matrimonio Browne la tumultuosa riada de pensamientos que llenaban mi cerebro, decidí volver a dormirme. Apenas si había cerrado los ojos cuando empezó a delinearse una débil imagen telepática delante de mí; pronto me di cuenta, excitado, que era exactamente la misma a la que había visto antes. Si acaso, parecía incluso más nítida; y cuando empezó a hablar fui capaz de entender casi todo lo que decía.

Durante este sueño se confirmaron todas las sospechas que había estado barajando por la mañana, aunque nuestra comunicación se vio interrumpida de improviso, justo un poco antes de despertar. Robert se mostraba bastante nervioso unos momentos antes de finalizar de forma brusca nuestra entrevista, aunque había tenido tiempo de confirmarme que, efectivamente, en su extraña celda en la cuarta dimensión, los colores y las relaciones espaciales estaban intercambiadas entre sí: lo blanco era negro, el tamaño se incrementaba con la distancia, y demás alteraciones.

También me dijo que, a pesar de que aún conservaba casi todas las sensaciones físicas de su cuerpo, la mayoría de las propiedades naturales de la existencia humana parecían extrañamente suspendidas. Alimentarse, por ejemplo, era totalmente innecesario; lo cual suponía un fenómeno bastante más singular que la omnipresente alteración de objetos y atributos, que, dentro de lo que cabe, conlleva un razonable estado de mutación dentro de las leyes matemáticas. Otra cosa digna de destacar fue la afirmación de que la única forma de salir era por el camino de entrada, el cual permanecía perpetuamente invisible y sellado.

Aquella noche, Robert me visitó de nuevo; seguía teniendo las mismas impresiones, que yo recibía en bruscos intervalos durante los momentos más receptivos de mi sueño, que le habían acompañado durante todo su encarcelamiento. Sus esfuerzos para comunicarse conmigo eran desesperados y, a veces, fútiles; había ratos en los que el mensaje telepático se trasmitía con claridad, mientras que en otros la fatiga, excitación o el temor a que se produjera una nueva interrupción hacían que su voz se desvaneciese en la nada.

Intentaré narrar de una sola vez todo lo que Robert me trasmitió durante los varios encuentros telepáticos que tuvimos; asimismo, añadiré algunas de las cosas que me comunicó personalmente después de su liberación. La información telepática fue fragmentaria y a veces incomprensible, pero durante los períodos de vigilia me dediqué a estudiar todos los hechos y a sacar mis propias conclusiones, cosa que llevé a cabo durante tres intensos días; investigué, clasifiqué todas las experiencias con metódica diligencia, pues era la única forma de que el chico pudiese volver a nuestro mundo.

La cuarta dimensión, en la cual se hallaba el joven Robert, no era, como pretenden hacernos creer las leyendas, una región infinita y desconocida llena de extrañas apariciones y fantásticos habitantes, sino, más bien, un reflejo de ciertas cosas limitadas de nuestro propio entorno terrestre dentro de una dirección espacial ajena y normalmente inaccesible. Era un mundo fragmentario, intangible y heterogéneo, una serie de procesos aparentemente desconectados pero mezclados indistintamente entre sí; sus detalles de constitución eran totalmente diferentes al objeto que se había dibujado en el antiguo espejo cuando Robert lo había mirado por primera vez. Estas imágenes eran como una especie de sueños o mágicas escenas, impresiones elusivas, visiones de las que el joven, realmente, no formaba parte, pero que componían una especie de paisaje panorámico, una atmósfera etérea, contra o sobre el cual se movía.

Él no podía tocar ninguno de los componentes de esas escenas –muros, árboles, muebles y demás– porque realmente no eran cosas materiales, o por que retrocedían, desaparecían, cuando se acercaba; es bastante difícil de determinar.

Todas las cosas parecían líquidas, cambiantes, irreales. Cuando caminaba, creía permanecer sobre una superficie en donde se desarrollaba la escena –el suelo, la hierba, un camino–, pero al fijarse mejor siempre llegaba a la conclusión de que cualquier contacto era mera ilusión. No había nada que diferenciase la fuerza de resistencia de la superficie que pisaban sus pies –y lo mismo había ocurrido con sus manos cuando hizo una prueba–, no existía ningún cambio aparente en el material que se extendía bajo su cuerpo. No sabía cómo describir la sustancia, el plano en el que se sustentaba, sino como una balanza abstracta que ejercía una presión igual a la de su gravedad. No sentía ninguna sensación táctil definible, y parecía existir una especie de fuerza restringida de levitación que se encargaba de generar distintos planos de elevación. Jamás había encontrado una escalera, pero en cambio sí había caminado de un nivel bajo a otro más alto.

El paso de una escena definida a otra suponía atravesar una especie de sombría demarcación, como iluminada por luces borrosas, en la que todos los detalles de los distintos paisajes se mezclaban curiosamente entre sí. Todas las escenas eran fácilmente distinguibles por la ausencia de objetos pasajeros y la indefinida, ambigua aparición de cosas semifugaces, como los muebles o la vegetación. La iluminación que acompañaba a los paisajes era difusa y extraña, y siempre conservaba los colores invertidos –hierba roja y brillante, un cielo amarillo en el que vagaban nubes negras y grises, troncos de árboles blancos, y ladrillos verdes–, lo cual confería a todos los paisajes un aire grotesco e increíble. El día y la noche estaban alterados, las horas de luz y oscuridad se cambiaban según el espejo se encontrase en un determinado lugar de la tierra.

Toda esta caótica diversidad de escenas mantuvo el asombro de Robert hasta que se dio cuenta que simplemente eran el reflejo de los distintos lugares en los que se había hallado el antiguo espejo. Esto explicaba también la rara ausencia de objetos pasajeros, los límites, generalmente arbitrarios, de los paisajes y el hecho de que todas las salidas al exterior estuviesen delimitadas por una especie de ventanas o puertas. Era como si el cristal tuviese el suficiente poder para retener estas escenas intangibles si estaba expuesto largo tiempo a ellas; aunque no podía absorber nada corpóreo, como Robert, por ejemplo, a no ser por un proceso diferente y muy particular.

Sin embargo –desde mi punto de vista–, la característica más increíble de todo este demencial proceso, consistía en la monstruosa alteración de las leyes espaciales conocidas en relación con las distintas escenas ilusorias de las regiones terrestres actualmente representadas. Ya he dicho que el espejo era una especie de almacén de imágenes de estas regiones, pero no es una definición del todo exacta. En realidad, todas y cada una de las escenas del espejo formaban una cuarta dimensión real y casi permanente que, a su vez, se proyectaba sobre las regiones originales; de tal forma que si Robert se movía en un lugar determinado de una región, como de hecho se movía en la imagen de mi habitación cuando se comunicaba conmigo telepáticamente, *se hallaba realmente en la imagen de ese mismo lugar en la tierra,* aunque en unas condiciones espaciales que impedían cualquier tipo de comunicación física entre él y el presente aspecto tridimensional del lugar.

Hablando teóricamente, alguien que estuviese prisionero dentro del espejo podría en pocos momentos ir a cualquier sitio del planeta; es decir, a cualquier lugar que se haya reflejado antes en la superficie del cristal. Probablemente también suceda lo mismo con los sitios donde el espejo no haya permanecido lo suficiente como para crear una escena ilusoria; estas regiones terrestres estarán representadas por una zona más o menos sombría y difusa. Más allá de los paisajes definidos se extendía una región neutra y vasta, ilimitada, de un gris uniforme, de la que Robert no sabía apenas, pues no se atrevía a penetrar mucho ya que tenía miedo de no volver a encontrar los mundos reflejados del espejo.

Entre las primeras informaciones que me comunicó Robert se hallaba el hecho de que no estaba solo en su confinamiento. Con él se encontraban algunos más, todos ellos vestidos con viejas prendas: un corpulento caballero de mediana edad,

con pajarita y pantalones de terciopelo que hablaba fluidamente el inglés con un marcado acento escandinavo; una preciosa y pequeña niña con un cabello rizado que aparecía azul oscuro; dos negros aparentemente mudos cuyas facciones contrastaban grotescamente con la palidez producida por la alteración del color de su piel, tres muchachos, una joven, un niño muy pequeño, casi un bebé; y un extraño y siniestro personaje danés de aspecto extremadamente distinguido y una especie de aire maligno e intelectual.

Este último individuo, llamado Axel Holm, vestía ropas ajustadas de satén, un abrigo con faldones y una enorme peluca llena de tirabuzones que por lo menos tenía dos siglos de antigüedad; era un personaje notable en el grupo pues había sido el responsable de la presencia de todos ellos. Él fue el artesano que, mostrando igual habilidad en el conocimiento de la magia como en el trabajo del cristal, había fabricado hacía tiempo la extraña prisión adimensional en la que tanto él, sus es-clavos y aquellos a los que él había decidido invitar o fascinar se hallaban encadenados hasta que el espejo fuese destruido.

Holm había nacido a comienzos del siglo diecisiete, y había destacado poderosamente en el trabajo y modelado del cristal en Copenhague. Todas sus obras, especialmente los alargados espejos de habitación, habían sido objeto de admiración. Pero la misma energía mental que había hecho de él el mejor cristalero de Europa lo llevó a introducirse en otras ambiciones muy distintas a las del mero trabajo artesanal. Había estudiado el mundo que lo rodeaba, y aborrecía las limitaciones del conocimiento y la sabiduría humana. Eligió caminos más oscuros de superar estas limitaciones, y llegó a obtener más éxitos de los recomendables para un mortal.

Ansiaba disfrutar de una vida eterna, y el espejo fue el objeto que le proporcionó tal fin. Sus estudios sobre la cuarta dimensión no se parecían en nada a los de Einstein en nuestro siglo, y Holm, que conocía otros métodos que los propios de su época, sabía que si lograba introducirse en aquella desconocida zona espacial evitaría la muerte en el sentido físico normal. Sus estudios le mostraron que los principios de la reflexión conducían, sin ningún género de dudas, a la puerta principal que se abría más allá de nuestras familiares tres dimensiones; en sus manos cayó por casualidad un pequeño y antiguo espejo con unas propiedades crípticas que creía podían serle de ayuda. Una vez «dentro» del espejo, y siempre de acuerdo al método que había previsto, sintió que la «vida», en el sentido de la forma y la conciencia, persistía aparentemente para siempre, mientras el espejo permaneciese a salvo del deterioro y no se rompiese.

Holm hizo un espejo maravilloso, casi una obra de arte a la que cuidó con mucho mimo; se las arregló para fusionar la extraña configuración elíptica de la reliquia que había adquirido en la sustancia de su obra. De esta forma preparó su refugio y, a la vez, su trampa; después, empezó a pensar en el método de entrar en el espejo y sus condiciones de habitabilidad. Debía tener servidores y compañeros; envió como conejillos de indias a dos esclavos negros que había hecho traer de las Indias Occidentales. Las sensaciones que experimentó cuan-do pudo concretar por fin con hechos lo que antes era teoría solo podemos imaginárnoslo.

Sin lugar a dudas, un hombre de su conocimiento debía saber que la ausencia del mundo exterior, en unas condiciones de vida totalmente distintas a las naturales, significaría la disolución absoluta al primer intento de volver a ese mundo. Pero, exceptuando que el espejo se rompiese accidentalmente o por alguna desgracia, aquellos que permanecían dentro vivirían para siempre. Jamás envejecerían, ni necesitarían ningún tipo de alimento o bebida.

Para hacer su prisión más tolerable envió con anterioridad cantidad de libros, papel y objetos para la escritura, una mesa y una silla trabajadas a mano y algunas otras cosas. Sabía que las imágenes que el espejo reflejara, absorbiéndolas, no eran tangibles, pero serían como una especie de escenario que decora-ría su existencia. Su propia transición, en 1687, fue toda una experiencia; en ella se mezclaron sensaciones contradictorias de triunfo y terror. Aunque todo salió bien,

había ciertas posibilidades de perderse en la oscuridad o en un caos de dimensiones inconcebibles.

Durante cincuenta años estuvo remiso a aceptar más compañía que la de sí mismo y sus esclavos, pero poco a poco fue perfeccionando su método telepático de visualización de pequeñas zonas del mundo exterior cercanas al espejo, y la capacidad de atraer ciertos individuos a través del extraño umbral del espejo. De esta forma, Robert, influenciado por una irresistible atracción de presionar la «puerta», había sido absorbido al interior. Estas formas de visualización dependen única y exclusivamente de la función telepática, ya que ninguno de los moradores del espejo puede ver el mundo exterior.

La vida que transcurría para Holm y sus compañeros, dentro de aquel espejo, era realmente extraña. Robert había sido la primera persona en atravesar ese limbo desde que el espejo había permanecido casi un siglo de cara a una sucia pared de piedra, donde yo lo había encontrado. Su llegada fue todo un acontecimiento, ya que había llevado consigo multitud de noticias totalmente impensables para la gente que habitaba dentro. Por otra parte, él mismo –casi un niño– se había sentido anonadado por lo terrible que suponía el encontrarse y hablar con personas que habían vivido en los siglos diecisiete y dieciocho.

Solo puedo conjeturar acerca de lo horrible y monótona que debía ser la vida para los prisioneros. Como ya he dicho antes, la variedad de paisajes y escenas que los rodeaban estaba limitada a los sitios que habían estado bastante tiempo ex-puestos al reflejo del cristal y muchos de ellos se habían difuminado por los rigores del clima tropical. Ciertas localidades o zonas permanecían claras y bellas, y era en ellas donde solían residir los moradores. Pero ningún paisaje era del todo gratificante; todos los objetos visibles eran irreales e intangibles, muchas veces difusos e indefinidos. Cuando llegaba un período de aburrida oscuridad, se recurría generalmente a los recuerdos, pensamientos o conversaciones. Cada uno de aquellos extraños, patéticos personajes, había retenido su propia personalidad, inmutable, ya que en aquel lugar eran inmunes a los efectos del mundo exterior.

Aparte de las ropas de los prisioneros, el número de objetos inanimados que había dentro del espejo era muy limitado; consistían poco más que en los objetos traídos por el propio Holm. El sueño y la fatiga habían sido sustituidos por otros atributos más vitales. Los objetos inorgánicos que se hallaban presentes parecían encontrase tan libres del paso del tiempo como los seres vivos. No existía ningún otro tipo de vida animal más simple.

Robert obtuvo la mayor parte de su información de Herr Thiele, el caballero que hablaba el inglés con acento escandinavo. Este corpulento danés le había cogido cariño y hablaba con él frecuentemente. El resto también le había recibido con cortesía y amabilidad; el propio Holm, le había contado algunas cosas relacionadas con el umbral de la trampa.

El muchacho, como así me lo afirmó luego, tenía miedo de comunicarse conmigo cuando Holm estaba cerca. Un par de veces, mientras hablábamos, había visto aparecer a Holm, cesando la comunicación. En ningún momento pude ver el mundo que se escondía tras el cristal. La imagen visual de Robert, su figura y sus vestimentas, era como el aura que irradiaba en imágenes de su voz y la visualización que él tenía de mí –una pura transmisión telepática; no tenía nada que ver con una verdadera visión interdimensional. Sin embargo, si Robert hubiese tenido tanta perfección en el manejo de la telepatía como el propio Holm, podía haber transmitido algunas imágenes nítidas del entorno que le rodeaba.

Durante todo el tiempo que duraron las comunicaciones yo había estado tratando de idear alguna forma de liberar a Robert. En el cuarto día –noveno desde su desaparición– creí haber hallado la solución. Considerando todas las cosas, el laborioso proceso que había ideado no era tan complicado, pero tampoco sabía cuáles serían los resultados reales, ya que el proceso implicaba serios riesgos si se cometía el más mínimo fallo. El plan dependía, básicamente, del hecho de que

no hubiera ninguna salida del interior del espejo. Si Holm y sus compañeros estaban permanentemente aprisionados dentro, entonces la única forma de liberarlos sería desde el exterior. Era muy importante recoger a todos los prisioneros, si alguno sobrevivía, especialmente a Axel Holm. Lo que Robert me había dicho de él era escalofriante, y yo no tenía ninguna intención de que andase libre por ahí, con la posibilidad de que pusiese de nuevo en práctica sus malignas cualidades. Los mensajes telepáticos no aclaraban el efecto que tendría lugar sobre aquellos que habían penetrado en el espejo hacía mucho tiempo su posible liberación.

Existía, también, un pequeño problema final en el caso de que mi plan tuviese éxito: la vuelta de Robert a la rutina de la vida escolar después de su paso por lo incomprensible. En caso de fallo, sería realmente difícil explicar los procesos tomados para la liberación; si todo salía bien, ni tan siquiera intentaría contar los pasos seguidos. Incluso a mí la realidad me parecía algo absurdo después de mantener las conversaciones en aquella sucesión de sueños.

Cuando hube meditado todos estos problemas tanto como era posible hacerlo, me procuré un gran espejo del laboratorio del colegio y estudié minuciosamente, milímetro a milímetro, aquel centro espiraloide que presumiblemente era la marca del antiguo espejo utilizado por Holm. Incluso con esta ayuda adicional, fui incapaz de distinguir la diferenciación original entre la zona antigua y la superficie añadida por el mago danés; pero después de un largo examen creí distinguir una especie de líneas ovales que señalé débilmente con un lápiz azul. Entonces me acerqué a Stamford y conseguí una cuchilla cortacristales; pues mi primera idea consistía en separar la antigua y mágica zona del espejo de su locación ulterior.

El siguiente paso consistió en elegir el mejor momento del día para llevar a cabo el experimento crucial. Me decidí finalmente por las dos y media de la madrugada, ya que era la mejor hora para no ser interrumpido, y además por que Robert posiblemente había entrado en el espejo a las dos y media de la tarde, justo la hora «opuesta». Esta clase de «oposición» podía o no tener importancia, pero la hora elegida se me antoja-ha tan buena como cualquier otra, y, quizá, mucho mejor.

Me puse manos a la obra al comenzar la mañana del undécimo día desde la desaparición, cerrando todas las persianas de mi cuarto de estar y atrancando la puerta que se abría al corredor. Seguí cuidadosamente con la cuchilla cortacristales las líneas espirales que había dibujado sobre la superficie del cristal. El antiguo espejo, de casi una pulgada de espesor, crujió ruidosamente bajo la cuchilla afilada y uniforme; después de pasar una vez por el dibujo, volví a repetir el corte, introduciendo el filo un poco más.

Luego, con sumo cuidado, di la vuelta al pesado espejo y lo coloqué mirando hacia la pared, arrancando dos tablas claveteadas en su parte posterior. Con el mismo cuidado empecé a golpetear la zona marcada el corte con el fuerte mango de madera del cortacristales.

A los primeros golpes se desprendió la sección de cristal con dibujos espirales que yo había cortado, cayendo sobre la alfombrilla de Bokhara que descansaba debajo. No sabía exactamente porqué, pero me sentía muy nervioso y aspiré, casi sin darme cuenta, una profunda bocanada de aire. Me arrodillé, de tal forma que mi nariz quedó a la altura del agujero, y mientras aspiraba penetró en mis fosas nasales un penetrante olor a *polvo,* un aroma que jamás había olido antes. De pronto, todo mi campo de visión se oscureció, tomándose de un desvaído color grisáceo, a la vez que me sentí embarga-do por una fuerza invisible que hizo que mis músculos perdiesen toda su capacidad de movimiento.

Recuerdo que empecé a toser de manera horrible y que me agarré a la cortina de una ventana hasta que se desprendió, cayendo conmigo al suelo. Después me hundí en las tinieblas del olvido.

Cuando recobré la conciencia me hallaba tendido sobre la alfombra de Bokhara con las piernas levantadas en el aire de una forma inexplicable. La habitación tenía ese extraño aroma polvoriento, y cuando mis ojos comenzaron a acostumbrarse a la luz, descubrí que Robert Grandison permanecía parado ante mí. Él era el que –en su cuerpo físico y con su color natural– mantenía mis piernas en el aire para que la sangre afluyera a la cabeza, tal y como le habían enseñado en el cursillo de primeros auxilios. Por el momento, me hallaba sumido en el mutismo, producido en parte por el penetrante olor y en parte por la conmoción que nacía 'de un sentimiento de triunfo. Entonces, poco a poco, me sentí capaz de moverme y hablar.

Me incorporé con cuidado e hice una débil seña a Robert. –Ya estoy bien, compañero –murmuré–, puedes dejar de sujetarme las piernas. Me siento mejor, creo. Supongo que ha sido a causa del olor. Abre la ventana... del todo, por favor. Eso es, gracias. No, deja la cortina corrida.

Fui recobrándome poco a poco, mientras recuperaba la circulación sanguínea en oleadas, hasta que, ayudado por el respaldo de una silla, pude mantenerme en pie. Aún me sentía mareado, pero la corriente de aire fresco que entraba por la ventana me reanimó enseguida. Me senté en la silla y contemplé a Robert, que se acercaba.

–Lo primero de todo –dije apresuradamente–, háblame de Holm y los demás, Robert. ¿Qué les ha sucedido cuando he abierto la puerta?

Robert se paró a medio camino y me miró gravemente.

–Desaparecieron en la nada, Mr. Canevin –dijo con solemnidad–; y con ellos, todo lo que había a su alrededor. ¡Ya no existe nada «dentro», señor, gracias a Dios, y a usted!

El joven, rindiéndose al fin a la tensión que había ido acumulando durante los once pavorosos días, estalló como un niño pequeño y comenzó a llorar histéricamente, emitiendo profundos suspiros.

Lo abracé, acostándolo con cuidado en el sofá-cama; eché una manta sobre su cuerpo, me senté a su lado y le acaricié la frente, tratando de calmarlo.

–Tranquilízate, muchacho – dije suavemente.

El natural ataque de histeria terminó tan repentinamente como había empezado mientras le explicaba detenidamente mis planes para su reincorporación en la escuela. Lo problemático de la situación y la necesidad de dar una explicación racional a los extraños sucesos que habían tenido lugar, hizo que su mente estuviese ocupada, tal y como yo pretendía; finalmente se irguió, con vivas muestras de interés, y comenzó a relatarme los pormenores de su liberación y a escuchar las instrucciones que yo le daba. Parece ser que, cuando yo abrí la puerta, él se hallaba en el «área proyectada» de mi dormitorio, que fue el sitio donde apareció, dándose cuenta a duras penas de que estaba «fuera». Escuchó algo que caía en el cuarto de estar y me encontró tendido sobre la alfombra.

Solo mencionaré de pasada la forma que empleé para hacer que el encuentro de Robert no pareciese anormal; como lo saqué de mi cuarto por la ventana, embutido en un viejo sombrero y un raído gabán, llevándolo en mi coche como si yo lo hubiese recogido. Hice que se aprendiese de memoria el plan que había ideado antes de comunicar a Browne las noticias de su descubrimiento. Había ido a caminar solo la tarde de su desaparición; y dos jóvenes lo invitaron a dar una vuelta en su automóvil. En plan de broma, y a pesar de las protestas de Robert diciéndoles que no podía ir más lejos de Stamford, pasaron de largo la ciudad. Cuando pararon en un semáforo, Robert saltó del coche con la intención de llamar por teléfono y volver a la escuela, pero fue golpeado por un auto que iba al lado. Despertó diez días después en Greenwich, en casa de la gente que le había atropellado. Al

darse cuenta de la fecha, telefoneó inmediatamente al colegio; yo era el único que estaba levantado, por lo que me dirigí rápidamente a buscarlo en mi coche, sin decir nada a nadie.

Browne telefoneó a sus padres y aceptó mi historia sin preguntar nada; asimismo evitó hacer preguntas al muchacho debido a su estado de ánimo. Se acordó que permanecería en el colegió durante un tiempo, al cuidado experto de la señora Browne que era toda una enfermera. Naturalmente, lo vi con mucha frecuencia durante lo que quedaba de las vacaciones de Navidad, lo cual me sirvió para completar algunos fragmentos de la casi soñada experiencia.

Incluso ahora no estamos seguros de lo que ocurrió realmente, y a veces nos preguntábamos si no habíamos estado bajo los efectos hipnóticos del antiguo espejo, y realmente lo que había sucedido era la historia del paseo en coche y el posterior accidente. Pero fuera lo que fuese, ambos teníamos unos recuerdos asombrosos difíciles de olvidar; yo veía la desvaída figura de Robert, sus tonos cambiados, y escuchaba su débil voz; Robert pensaba en el desfile de extraños personajes y muertas escenas que había contemplado. Y el recuerdo de aquel desagradable olor a polvo... Sabíamos lo que había significado: la disolución instantánea de aquellos que habían entrado en una dimensión extraña hacía más de un siglo.

También había dos cosas que demostraban la veracidad de nuestra experiencia; una de ellas la descubrí estudiando los registros correspondientes a un brujo danés, Axel Holm. Esta persona había dejado a su paso muchas leyendas y vestigios de su existencia que, después de largas horas en la biblioteca y de ciertas conversaciones con varios daneses cultos, sacaron a la luz toda una historia de perversidad. Solo diré que el artesano –nacido en Copenhague, en 1612– era un notorio seguidor de Lucifer, y que las persecuciones a las que se le mantuvo, y su posterior desaparición, fueron motivo de debate durante siglos. En él ardían las ansias del conocimiento y la superación de todas las artes; para lo cual había profundizado en el estudio de campos ocultos y prohibidos, incluso desde temprana edad.

Se decía que había participado en los aquelarres y en el culto a los poderosos señores de la mitología escandinava –Loki, el Malicioso, y el maldito Lobo-Fenris–, y que pronto habían sido un libro abierto para él. Tenía extraños intereses y objetivos, algunos de los cuales eran evidentes, pero otros dejaban ver una maldad intolerable. Se dice que sus dos sirvientes negros, antiguos esclavos de las Indias Danesas Occidentales, se habían quedado mudos poco después de entrar a su servicio; y que se habían esfumado un poco antes de su propia desaparición.

Cuando se acercaba el fin de su larga vida se le ocurrió la idea de la inmortalidad que podía proporcionarle el cristal. Adquirió un espejo encantado de increíble antigüedad; se decía que se lo robó a un hechicero que le había confiado el secreto.

El espejo –siempre de acuerdo a la leyenda popular, tan fuerte como las de Aegis de Minerva o el Martillo de Thor– era un pequeño objeto oval, al que se le llamaba «Cristal de Loki». Estaba hecho de un extraño mineral muy fácil de fundir y tenía propiedades mágicas, como la adivinación del futuro y el poder de delatar a sus enemigos. Pero nadie con un poco de sentido común dudaba que, en las manos de un experto hechicero, sus poderes mágicos se multiplicarían; incluso la gente más culta creyó aterrorizada los rumores que circulaban sobre que Holm había incorporado el antiguo espejo a otro más grande para conseguir la inmortalidad. Entonces, en 1687, el mago desapareció, y todas sus posesiones y recuerdos fueron borrándose lentamente en un mar de fantásticas habladurías. Es la típica historia que haría reír a cualquiera que no creyese en lo imposible; pero para mí, que aún recordaba las conversaciones en sueños y la posterior confirmación de Robert Grandison, fue una especie de afirmación de todas las fantásticas experiencias que había tenido.

Como ya he dicho antes, aún falta otro hecho que avala mi historia, aunque es totalmente distinto del anterior. Dos días después de su liberación, Robert, que había recuperado casi todas sus fuerzas, estaba en mi habitación sentado delante del fuego, estudiando, y de pronto noté como una inquietud en sus movimientos. Fui atacado por una persistente idea. Le pedí que se acercase a mi mesa y que cogiese un bote de tinta. Así lo hizo, pero lo cogió inconscientemente con la mano izquierda, a pesar de que él siempre había sido diestro. Procurando no alarmarlo, lo conminé a que se desabotonase el abrigo y me dejase escuchar su pulsación cardiaca. Lo que descubrí al apoyar mi oído sobre su pecho –y que no me atreví a decirle hasta pasado un tiempo– fue que su *corazón golpeteaba en el lado derecho.*

Cuando entró en el espejo tenía todos sus órganos en el sitio correcto. Ahora estaban invertidos, cosa que persistiría, sin ninguna duda, durante el resto de sus días. El intercambio dimensional no había sido una mera ilusión, ya que estos cambios físicos eran tangibles y definidos. Si Robert hubiese podido salir con naturalidad del cristal, se habría producido una reinversión y no se habría producido ningún cambio, como, de hecho, así había sucedido con su ropa y el color de su piel. Sin embargo, la manera forzada de su liberación, había hecho que no se completase el proceso inverso.

No solo había *abierto* la trampa de Holm; la había *destruido;* de tal forma que durante el breve período que duró la liberación de Robert, ya se habían desvanecido algunas de las propiedades de inversión. Es significativo el hecho de que Robert no sintiera al salir el dolor que le produjo la entrada. Me horroriza pensar que, si la destrucción se hubiese llevado a cabo más deprisa, el muchacho se habría visto obligado a vivir el resto de su vida con un color de piel monstruoso. Añadiré que después de descubrir estos hechos, examiné detenidamente la ropa que vestía Robert en aquellos momentos, y descubrí, como ya me suponía, que tanto los bolsillos y botones como otros detalles estaban invertidos.

En estos momentos el Cristal de Loki, tal y como se des-prendió del espejo, ahora reconstruido, sobre mi alfombra de Bokhara, descansa encima de un fajo de papeles, aquí, en St. Thomas, venerable capital de las antiguas Indias Danesas Occidentales, ahora llamadas Islas Vírgenes Americanas. Algunos coleccionistas de arte lo han confundido con un trozo de cristal elaborado a comienzos de la dominación americana; pero yo sé que mi sujetapapeles es un poco más antiguo y bastante más artesanal. Sin embargo, no se me ocurre llevar la contraria a juicios tan entusiastas.